

**ENCUENTRO DE LAICOS DE
PARROQUIA****Barcelona**

Del 21 al 24 de julio de 2022

*“Anunciar a Jesucristo
con obras y palabras”***Eucaristía de clausura. Santa María del Mar.****Barcelona, 24 de julio de 2022**

Queridos Hermanos en el Episcopado,
Hermanos sacerdotes y diáconos,
Seminaristas,
Queridos hermanos y hermanas que nos seguís por el canal 13TV,
Hermanos todos en el Señor,

Hoy, reunidos por Jesucristo en esta bellísima Basílica de Santa María del Mar dejemos que resuenen en nuestro corazón las hermosas palabras con las que el papa Francisco ha convocado el Sínodo por una Iglesia Sinodal. Las recordáis perfectamente: *“Comunión, Participación, Misión”*.

Estoy seguro de que esas hermosas palabras nos hacen recordar que los cristianos, que la Iglesia, no existe más que para evangelizar. Desde el bautismo estamos invitados y enviados a ser apóstoles, es decir, discípulos y misioneros.

Así lo entendieron los primeros cristianos y así lo seguimos entendiendo nosotros. Por eso estamos hoy aquí en Barcelona, a los pies de la Virgen María, Madre de la Iglesia, rogándole que nos ayude a adentrarnos en esa hermosa y apasionante aventura de evangelizar.

Parece complicado realizarlo en pleno siglo XXI, en el cual tanta gente habla de secularización galopante y casi imparable. Y muchos piensan que ya casi nada se puede hacer para cambiar la situación en la que vivimos.

¡Qué hermoso volver a esas páginas memorables, entrañables de la *Carta a Diogneto!*, palabras que quizá conocéis bien, palabras escritas en torno al año 158 d.C.:

Los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje, ni por su modo de vida. Ellos, en efecto, no tienen ciudades propias, ni utilizan un hablar insólito, ni llevan un género de vida

distinto. Su sistema doctrinal no ha sido inventado gracias al talento y especulación de hombres estudiosos, ni profesan, como otros, una enseñanza basada en autoridad de hombres.

Viven en ciudades griegas y bárbaras, siguen las costumbres de los habitantes del país, tanto en el vestir como en todo su estilo de vida y, sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble. Habitan en su propia patria, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña. Igual que todos, se casan y engendran hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho.

Viven en la carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes. Aman a todos, y todos los persiguen. Se los condena sin conocerlos. Se les da muerte, y con ello reciben la vida. Son pobres, y enriquecen a muchos; carecen de todo, y abundan en todo. Sufren la deshonra, y ello les sirve de gloria; [...] Hacen el bien, y son castigados como malhechores; y, al ser castigados a muerte, se alegran como si les dieran la vida. [...] los gentiles los persiguen, y, sin embargo, los mismos que los aborrecen no saben explicar el motivo de su enemistad.

Para decirlo en pocas palabras: los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo¹.

Hermanos, Dios nos ha puesto en medio del mundo para que podamos transformarlo y hacerlo más humano y fraterno, más abierto al encuentro con Dios, pero eso no se logra si no hay, de entrada, una mirada positiva y de amor hacia el mundo. Ciertamente que el mundo tiene su propio camino, su propia autonomía, pero el mundo tiene en su mismo seno una vocación esencial a la comunión y a la participación en la vida íntima de Dios. Y no podemos olvidar que, desde la

¹ El alma, en efecto, se halla esparcida por todos los miembros del cuerpo; así también los cristianos se encuentran dispersos por todas las ciudades del mundo. El alma habita en el cuerpo, pero no procede del cuerpo; los cristianos viven en el mundo, pero no son del mundo. El alma invisible está encerrada en la cárcel del cuerpo visible; los cristianos viven visiblemente en el mundo, pero su religión es invisible. La carne aborrece y combate al alma, sin haber recibido de ella agravio alguno, solo porque le impide disfrutar de los placeres; también el mundo aborrece a los cristianos, sin haber recibido agravio de ellos, porque se oponen a sus placeres.

El alma ama al cuerpo y a sus miembros, a pesar de que este la aborrece; también los cristianos aman a los que los odian. El alma está encerrada en el cuerpo, pero es ella la que mantiene unido el cuerpo; también los cristianos se hallan retenidos en el mundo como en una cárcel, pero son los que mantienen la trabazón del mundo. El alma inmortal habita en una tienda mortal; también los cristianos viven como peregrinos en moradas corruptibles, mientras esperan la incorrupción celestial. El alma se perfecciona con la mortificación en el comer y beber; también los cristianos, constantemente mortificados, se multiplican más y más. Tan importante es el puesto que Dios les ha asignado, del que no les es lícito desertar.

encarnación, Dios se ha unido, en cierto modo, a todo ser humano, de tal manera que ya no hay gozo ni sufrimiento que sea ajeno al misterio de Dios y que no tenga eco en el corazón de la misión de la Iglesia.

Los laicos, como nos recuerda el Concilio Vaticano II, habéis recibido una encomienda particular del mismo Jesucristo. Él os envía al mundo, a este mundo concreto del siglo XXI y no a otro que pudiésemos imaginar o soñar. No seríamos fieles al designio salvífico de Dios si nuestra vida permaneciera separada de la vida de los hombres a los que hemos sido enviados. No hemos venido a crear guetos, sino a irradiar el amor y la vida de Dios por todo el mundo. Los ministros ordenados tenemos la misión particular de cuidaros, acompañaros y alimentaros espiritualmente para que podáis llevar a cabo la misión sin perder la paz ni la alegría.

No olvidemos lo que Pablo de Tarso, el gran apóstol de los gentiles, pide a los cristianos. Pablo nos recuerda que tenemos que renunciar a los deseos mundanos, que no podemos conformarnos con el querer del mundo, sino que debemos dejarnos guiar por el Espíritu Santo que habita en nosotros, aprender a acoger sus inspiraciones y discernirlas. El guía y transformador de la Iglesia y del mundo es el Espíritu Santo. Para reformar el mundo es necesario, en primer lugar, renovarnos a nosotros mismos, es decir, **reformarnos y transformarnos** en el cuerpo, en la mente y en el alma.

Para vivir esta revolución personal y comunitaria recuerdo que es fundamental:

- ✓ **La vida de oración.** Oración personal y comunitaria. El apóstol necesita la oración como los pulmones necesitan el aire para respirar y vivir. Y la oración es encuentro con Dios. Es entrar en el silencio del corazón y encontrar a quien habita en nosotros, a quién es más íntimo que nosotros mismos. Es hacer silencio en los espacios públicos, en la Iglesia, en nuestra habitación, en nuestro corazón: *“Que mi silencio, Señor, dé lugar a tu Palabra”*, decía San Juan Crisóstomo. Así nos lo ha recordado el precioso texto del Evangelio que ha sido proclamo hoy. Nos decía que orásemos con insistencia: *“Pedid y se os dará, buscad y hallareis, llamad y se os abrirá”*. No podemos descuidar la oración, especialmente la Eucaristía que es la raíz y la cumbre de la misión.
- ✓ **La fraternidad.** Dios nos llama a formar parte de una familia, de un pueblo, que es la Iglesia. Un pueblo marcado por la diversidad: diversas lenguas, diversas procedencias, diversas razas y culturas..., pero unidos por el mismo Padre que nos ama a todos y a cada uno y nos quiere reunir a todos en una misma casa, en una misma mesa. Así lo entendieron los primeros cristianos y lo vivieron, tal como se narra en los Hechos de los Apóstoles. Lo tenían todo en común, nadie entre ellos pasaba necesidad, tenían un solo corazón y una sola alma (cf. *Hch*

4,32). Así, muchos se adherían a su mensaje, a esa gran familia que surgió de la fuerza de Pentecostés.

Sí, queridos hermanos, en medio de un mundo polarizado, dividido, en el que, muchas veces, se proclama el viejo slogan “*sálvese quien pueda*”, estamos llamados a ser testigos de comunión, de respeto, de solidaridad y de superación de la indiferencia. Que nuestro compromiso con los hermanos, especialmente los más pobres y necesitados, sea patente y real. Eso significa vivir la fraternidad que no es otra cosa que regalar todos los dones que hemos recibido gratuitamente de Dios. Queremos, con la gracia de Dios, gastarnos y desgastarnos por los demás.

- ✓ **La alegría.** El Papa Francisco nos ha regalado esa hermosa Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium* que junto con la *Evangelii nuntiandi* de san Pablo VI, deberíamos leer y meditar continuamente, hasta hacerlas carne de nuestra carne, como lo hacemos con el Evangelio y con el resto de la Palabra de Dios.

La fe en un Dios que nos ama infinitamente, la fe en la resurrección y en la vida eterna, la fe en la victoria de la gracia sobre el pecado, a medida que se encarna en nosotros, nos va llenando de una profunda alegría, que no es euforia, pero sí fuente de paz, de comunión y de amor. El mundo necesita el reflejo, muchas veces inconsciente, de esta alegría y esperanza que vienen de Dios.

Esta fue la experiencia vivida por el joven beato Joan Roig, natural de Barcelona, que cuando fueron a buscarlo para matarle, le dijo a su madre, después de sumir las hostias que el párroco confió a su custodia, “*madre, no temas, Dios está conmigo*”. Esta es la base de la alegría, saber que Dios está con nosotros, que guía la nave de Pedro, aun en medio de tempestades y peligros.

Hermanos y hermanas, gracias por vuestra entrega a Dios, gracias por querer vivir la comunión, porque sin comunión no puede haber evangelización. Gracias porque esa entrega la queréis vivir en medio del mundo con gozo y alegría, porque sabéis que la promesa del Señor siempre se cumple: “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de los tiempos” (*Mt 28,20*).

Hermanos y hermanas, Cristo resucitado está aquí y ahora entre nosotros en la celebración de esta Eucaristía. Ojalá que, como nos decía san León Magno, el Señor nos conceda que «nuestra participación en el Cuerpo y la Sangre de Cristo nos convierta en lo que comemos». Sí, la recepción habitual del sacramento de la

confesión nos dispone para que la participación asidua en el sacramento de la Eucaristía y la recepción de su Cuerpo y su Sangre nos vaya cristificando, nos vaya divinizando. Hermanos y hermanas, la transformación del mundo pasa necesariamente por que volvamos a vivir con intensidad estos dos sacramentos que son profundamente performativos de nuestras existencias.

Que Santa María, en su advocación de la Merced, patrona de esta archidiócesis de Barcelona, interceda por todos nosotros y nos conceda lo que le pedimos con corazón humilde.

+ Card. Juan José Omella Omella
Arzobispo de Barcelona